

La hora de los tenientes

Porque el honor no se quita, se pierde

Por Pablo Gasco de la Rocha. 15/07/2010

A tenor de la polémica suscitada por la decisión del Ministerio de Defensa por la cual se prohibió la exhibición de la enseña nacional y la interpretación del himno en la celebración del Corpus, que algunos han calificado de querer quitarle el “honor a las Fuerzas Armadas” sin advertir que el honor no se quita. A mí se me antoja recordar hoy al teniente don Jacinto Ruíz Mendoza, que nació en Ceuta en 1779 y, muy joven, siguiendo los pasos de su padre, inició la carrera militar.

Destinado en Madrid como teniente de artillería del regimiento número 36 de Voluntarios del Estado con sede en el cuartel de Mejorada -sito en el actual número 83 de la calle de San Bernardo-, cuando por todo Madrid el griterío de muchos madrileños se mezclaba con los cañonazos de las tropas invasoras, enfermo, y aquejado de fiebre alta, se levantó y acudió de uniforme para defender la unidad e independencia de España. Enfrentándose a las órdenes del marqués de Casa Palacio, coronel del regimiento, que en ese momento porfiaba con un grupo de subalternos sobre la conveniencia de cumplir a rajatabla las órdenes recibidas de la cúpula del Ejército: “*El ejército español no debía verse involucrado en ninguna reyerta contra los invasores franceses.*”

Auxiliado por el capitán Velarde, que providencialmente también había acudido al cuartel, la oficialidad desbarató la cobardía a la que el *aristócrata* coronel quería implicar a todos, que temiendo un motín y una situación de peligro para su propia vida finalmente cedió. Inmediatamente aquellos patriotas con un grupo de soldados acudieron al Parque de Artillería de Montealeón, donde fueron recibidos con tremendo júbilo por la muchedumbre congregada en su puerta.

Velarde y Ruíz consiguieron entrar en el Parque, cuyas tropas mandaba el capitán Daoiz. Tomada la decisión de repartir armas entre los civiles, aquel puñado de patriotas resistió las continuas embestidas y el fuego de las tropas francesas, muy superiores en número y en armas. Pero la caída de Daoiz y Velarde suscitó que el capitán Goicoechea ordenara la rendición del cuartel.

Gravemente herido el teniente Ruíz en un brazo y la espalda, y apenas curado de las heridas, pues, como tantos otros patriotas que consiguieron huir del cerco enemigo tras la rendición había sido condenado a muerte por Murat, salió de Madrid de incógnito camino de de Extremadura. Muriendo en Trujillo, en marzo de 1809, a causa de las heridas recibidas en la defensa de la Patria el 2 de mayo de 1808.

Al teniente don Jacinto Ruíz Mendoza, como a tantos otros soldados de nuestros Ejércitos y marinos de nuestra Armada, nadie le pudo quitar el honor, que, pese a las órdenes dadas, no quiso perder. Pues sabía, como tantos otros a lo largo de nuestra historia, que el honor es lo único que uno lleva consigo el día en que llega la hora de la muerte.

Por eso, señores de La Razón, déjense de tanta monserga mentecata al uso, y si no quieren apuntar a los responsables de que no se pudiera interpretar el himno ni exhibir la enseña nacional, al menos no tergiversen la verdad. Pues el honor no se quita, se pierde.